

Washington Silva Tapia

Graciela



E miro ajena, te recuerdo mía.
En cada voz te siento mi deseo;
en cada boca tu sabor poseo
y en otros ojos busco tu alegría.

Cómo olvidar, cómo olvidar el día,
si el dulce tiempo detenido veo;
si sólo recordándote en ti creo
y olvidándote sigo en mi porfía.

Quedarán estos ojos eclipsados
y la alegría de mi boca ausente,
y los vanos deseos derrumbados

inundará el olvido lentamente,
acabará mi vida y mis cuidados,
mas en el mismo olvido iré presente.

LLEGA LA INNOMINADA

Horas temblando como lágrimas.

Horas como rostro sin voz

mirándose en el agua temerosa

Horas como campana sacudida

en los cimientos de la sangre.

Horas que en el derrumbe de las hojas se acercan
y derriban los párpados que el silencio acumula.

Siento crecer los dedos de la noche en el aire.

Siento caer el sueño, la invasión del otoño.

Siento cómo circula bajo la piel el llanto.

El crujido del miedo en una casa sola.

Y se asoma en algunas ventanas asustadas.

Y denso se prolonga como el canto de un gallo
rodando, interminable, más allá de la noche.

Como galope cruza, como polvo se advierte.

Apenas tiene forma, pero no se distingue.

Apenas tiene nombre, pero no se pronuncia.